

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1876.

Cuaderno 28.

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATALANA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA EPOCA ACTUAL

CONTIENE EL EXAMEN DETALLADO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE LAS PERSECUCIONES ESPECIALES, DE LAS PERSECUCIONES GENERALES, DE LAS PERSECUCIONES DE LOS TIRANOS Y PERSECUCIONES DE LOS REYES; LA EXPOSICION DE LOS HECHOS MAS IMPORTANTES DE CADA UNA DE LAS PERSECUCIONES, Y LOS DOCUMENTOS QUE LAS ILUSTRAN. LOS RECIENOS CONTRA EL ORIGEN DE LA PERSECUCION EN CATALANA, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL PRESENTE.

EN EL SIGLO ACTUAL.

OPERA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilaras y D. José Ibáñez Galán

E HISTORIA

CON ALGUNAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO

PREVIA CENSURA DIOCESANA



BARCELONA

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIBERA

1870

Quadrado 28

Los césares dieron varios edictos contra la Iglesia, y aun cuando por parte de algunos de ellos hubiese benignidad, se les sobreponia la legislacion romana, que no permitia de ningun modo la tolerancia con los cristianos.

El Cristianismo, puesto que es la verdad toda entera, no puede en manera alguna entrar en transacciones con el error; por su propio carácter habia de ser intolerante con las doctri-



EL SACERDOTE DESDE EL FONDO DEL TEMPLO PRONUNCIA PALABRAS DE TERROR Y ESCITA Á LA VENGANZA.

nas paganas. Un idólatra romano podia aceptar las supersticiones egipcias ú ofrecer culto á los dioses de Grecia sin hacerse reo de impiedad, sin abjurar sus ideas religiosas; un cristiano, por el solo hecho de condescender con las ceremonias paganas, se constituia en apóstata.

Los cristianos no asistian á los sacrificios ofrecidos á las falsas deidades en favor de los emperadores, por la salud de la patria; se negaban á jurar por el genio de la República ó de los césares, no tomaban parte en los actos de gracias á los dioses por los triunfos obtenidos ó

para conmemorar el natalicio del Príncipe, no aplaudían la liberalidad de los hombres del poder manifestado con los templos de los ídolos, explicándose también en este concepto el que se les considerase como enemigos del Estado.

El que abrazaba la religión de Cristo tenía por precisión que desterrarse hasta cierto punto de aquella sociedad tal como la había formado el paganismo. El cristiano había de interdecirse los espectáculos públicos, los juegos favoritos de la muchedumbre, las ceremonias cívicas, pues todo esto se hacía bajo la invocación de los dioses; el cristiano había de abstenerse de las fiestas y regocijos donde los emperadores hacían distribuir la carne de las víctimas sacrificadas á los ídolos, y hasta se hallaban imposibilitados de tomar parte en las fiestas de familia, todas precedidas de libaciones idolátricas. No hay para qué decir que tenían que abstenerse también de ir á presenciar las bárbaras escenas del anfiteatro.

«No se separaban, dice el sábio conde de Champagny (1), por el gusto de separarse; no rompían por el placer de romper, sino que espontáneamente llevaban la tolerancia hasta un límite traspasado el cual se hubiera ya convertido en apostasía. Respecto á los dioses y á los ídolos de los paganos, no se permitían el insulto, la injuria, la provocación inútil, la violencia. Cuando Poliuto rompió los ídolos fue inspirado por Dios; pero infringió la ley ordinaria de la Iglesia, como dice Orígenes. Pero al encontrarse el cristiano frente á frente con la idolatría, entonces no había más que luchar.»

Al cumplir sus deberes de hijos de la Iglesia aislándose del paganismo, se les acusó de enemigos de la sociedad.

Las sectas paganas tenían de la inmortalidad del alma una idea vaga; los cristianos profesaron desde un principio el dogma de la inmortalidad de un modo concreto y claro, con completa conciencia. Estos hombres que así creen en otra vida mejor, decían los paganos, van á despreciar demasiado la vida presente, y por lo tanto, lejos de reportar de ellos el Estado un beneficio tendrán que serle funestos, y hé aquí otra razón por que los hombres públicos hacían que la aversión contra los cristianos se consignase en las leyes.

Había además dos hechos que tenían en alarma á cuantos se interesaban por la conservación de lo que constituía la legalidad existente: la universalidad del Cristianismo y su rápida propagación. No era una religión nacional que se limitaba á un pueblo; el Cristianismo tendía á ser la religión de todo el género humano. Si el Cristianismo estaba destinado á triunfar no había de ser sino sobre el sepulcro de las viejas religiones de Estado, de los cultos de raza, no había de ser sino sobre las ruinas del paganismo; motivo muy poderoso para provocar contra él todas las medidas de rigor.

III.

Antonino.—Buenas cualidades de este Emperador.

Antonino es una de las figuras más simpáticas que encontramos en el número de los emperadores de Roma.

Llenó Antonino con su nombre toda una época, llamándose su siglo el siglo de Antonino, y hasta al prestigio de este nombre acudieron sus sucesores como para ampararse á su sombra.

Adriano al morir, dijo:

—Lego á Roma por emperador al hombre menos ambicioso que yo conozco.

La ambición de los césares venía siendo el cáncer de Roma. Por la ambición de los césares se llenaba de sangre el mundo; por la ambición de los césares pesaban sobre el imperio leyes despóticas, por la ambición de los césares iban estos en pos de su popularidad sacrificando á los cristianos.

(1) *Les Antonins*, VIII, 310.

Al nombre de conquistador, de guerrero, prefirió el de *pio*; mas bien que denominarse *Padre de la patria*, prefirió, por su carácter abierto, por su bondad, llamarse *Padre de los hombres*.

Tanto se extendió la fama de su prudencia, que reyes poderosos de la India, la Bactriana, la Hircania, sometieron á él sus diferencias entregándose á su arbitraje.

Al carácter fogoso de Adriano opuso Antonino la meditacion, la calma en todos sus actos.

Admiraba á los artistas sin envidiarlos; escuchaba las enseñanzas de los filósofos sin dejarse seducir por su sofistería.

Uno de sus pocos caprichos era gozar de los placeres de la vida campestre en su casa paterna de Lorium. Allí se le veía con un humilde traje comprado en un pueblo vecino (1), viendo, no de las riquezas del imperio, sino de su patrimonio particular; alimentándose de pesca que le ofrecían sus esclavos, ó de las piezas que le traían sus cazadores. Nada de edificios suntuosos, de platos exquisitos; nada tampoco del lujo de aquellos baños en donde se alimentaba la sensualidad y que en aquella época prescribía la moda.

Gustábanle los cantos de los campesinos, la gritería de la caza, á la que, lo mismo que á la pesca, se dedicaba personalmente.

Visitó un dia á cierto Valerio Hómulo, hombre audaz y escesivamente malicioso en sus palabras, y admirando los adornos de su habitacion, le dijo Antonino:

—¿De dónde sacas esas bellas columnas de pórfiro?

—Cuando uno está en casa de otro, le contesta Valerio, es preciso ser sordo y mudo.

El Emperador se calló.

Para la educacion de Marco Aurelio llamó á Roma á un estóico llamado Apolonio, que vivía en el Asia. Al invitarle Antonino á que fuera al palacio imperial para dar sus lecciones á Marco Aurelio, Apolonio contestó:

—Es el discípulo quien debe ir á la casa del maestro.

Ante esta exigencia, el Emperador mandó á Marco Aurelio á casa de Apolonio, tomando por toda venganza la siguiente contestacion:

—Este Apolonio es algo original. Ha venido desde Chalceis á Roma, y no quiere venir desde su casa á palacio.

Cuando aun no habia subido al sόlio imperial, hallándose en Esmirna, el retórico Polemon le cerró brutalmente la puerta negándole la hospitalidad. Mas tarde Polemon fue á Roma. Antonino le invitó á que fuese á su palacio, y al hallarse Polemon allí, el Emperador dirigiéndose á sus esclavos, les dijo:

—Dadle un alojamiento, y cuidado que nadie se atreva á cerrarle la puerta.

Suprimió los fastuosos viajes á que eran tan aficionados sus antecesores.

—El paso de un emperador, por económico que él sea, decia Antonino, es siempre una carga pesada para los pueblos.

No dejó de haber conspiradores durante su imperio. Sin embargo, Antonino procuró conservar sus manos limpias de sangre. Solo se sentenció á un conspirador, y esto con la orden de que no se habian de buscar sus cómplices, y cuidando Antonino de mantener y educar á un hijo del sentenciado.

Otro conspirador, al ser descubierto, se suicidó. Antonino prohibió que se hiciesen pesquisas de ninguna clase.

—No quiero que se vea, dijo al Senado, que hay muchos hombres que no me aman.

Los senadores, durante su imperio, fueron objeto de toda clase de atenciones. Convicto uno de ellos de parricidio, el Emperador prohibió que se le ejecutase, echándole á una isla desierta para que viviera allí si sabia ingeniarse.

Jamás manifestó sed de conquistas. Una nacion bárbara solicitó la anexion de Roma. An-

(1) Marco Aurelio, I, 16, 17.

tonino contestó que Roma no necesitaba ensanchar sus dominios con un pueblo que no sabia ser libre.

Al tratarse de guerra contestaba que preferia la satisfaccion de ahorrar la sangre de un solo ciudadano, á la de derramar la de mil enemigos.

Para los reyes súbditos del imperio, Antonino mas que Emperador se consideraba un protector, un padre (1).

El rey de Armenia, Arqueménides, pidió á Antonino que le coronase. Al acceder el Emperador, Vologese, rey parto, sintió envidia de ello, é iba á arrojarse ya sobre los dominios de Armenia, cuando Antonino le aplacó escribiéndole una carta muy afectuosa.

IV.

Estado de la Iglesia bajo el imperio de Antonino.

Un ilustre historiador, refiriéndose á esta época dice: «Durante el imperio de Antonino, las Iglesias disfrutaron de paz (2).»

El Cristianismo aprovechaba esta tranquilidad para extenderse sin ruido.

La religion de CRISTO tuvo en Asia su cuna, pero en regiones desde las que podia trasladarse con facilidad á Europa; apareció en el seno del imperio romano, pero á poca distancia del imperio pártico.

Como el imperio caminaba á la conquista del mundo por medio de la espada, sus conquistas el Cristianismo las realizó con esa fuerza superior que se llama en el Libro de Dios la espada del espíritu, que es la palabra.

Pero ¿cómo hacerse entender por pueblos que hablaban tan distintos idiomas?

La lengua siriaco-caldáica, relacionada con todos los idiomas asiáticos, y que hablaban los apóstoles como todos los habitantes de la Palestina, les abrió el camino para dirigirse á la otra parte del Eufrates. Los judíos sostenian relaciones de tráfico con todo el Oriente, pudiendo por este medio los primeros predicadores de la palabra evangélica romper la barrera del imperio pártico y penetrar en la Persia, dando ya desde el primer empuje un vuelo mas dilatado que el de las águilas romanas.

Si la lengua, el tráfico, le permitieron al Cristianismo extenderse por todo el Oriente, llegar hasta las Indias, las colonias judáicas establecidas en la Siria, en la Grecia, en el Asia Menor, no fueron para los propagadores del Cristianismo un recurso menos ventajoso.

Para los indios dispersos en las diferentes provincias romanas, el griego no tardó en ser un idioma que todos conocian y hablaban, y con el que se familiarizaron mas que con la lengua materna, llegando hasta á haber necesidad de que se les tradujera en griego el texto hebreo de los libros sagrados.

El griego era para los romanos el idioma, no solo de los sábios, sino tambien de los políticos, no habia otra lengua tan difundida en el imperio; en su parte oriental desde Alejandria, se hacia uso del griego hasta para los negocios mercantiles. «La literatura griega, dice Reinaud (3), estaba muy en boga; en las monedas abundaban las leyendas griegas, y el griego se extendia hasta mas allá de las fronteras del mundo romano.»

San Pablo escribió en griego su *Epístola á los romanos*; san Pedro y san Clemente, al hablar en nombre de la Iglesia de Roma, se sirvieron tambien del griego, las inscripciones cristianas de Roma en la época primitiva son por punto general griegas, y hasta las latinas están escritas en caracteres griegos (4).

(1) *Ut parentem seu patronum magis quam dominum imperatoremque reputarent.* — Aurel. — Victor, *Epist.*

(2) Sulpicio Severo, *Hist. Sacra*, II, 46.

(3) *Relations politiques*, etc. II, 163.

(4) Véase Doellinger, *Christenthum und Kirdré*, II, 37.

Establecida ya la Iglesia en Roma, no habian de tardar sus misioneros en familiarizarse con el latín y poder así dirigirse á la conquista de la parte occidental del imperio.

Ya mas tarde se pudo hablar en su propio idioma á los mismos pueblos bárbaros, y «si para los grandes conquistadores hubo fronteras, ya no las hubo para los cristianos.»

La paz de Antonino sirvió admirablemente para solidar las conquistas realizadas por medio del martirio.

V.

La paz de Antonino incita á la persecucion de parte de los literatos y filósofos.

Cuando los déspotas ordenaban que el Cristianismo fuese anegado en sangre, sucedia por punto general que los retóricos, los filósofos, los sofistas se limitaban á desdeñar á la Iglesia; pero sin querer colocarse al lado de los verdugos.

En la persecucion contra el Cristianismo, si el ejército de ataque lo formaron los tiranos, las masas populares, los hombres de las clases ilustradas constituyeron la emboscada, dispuestos á herir á la Iglesia á traicion cuando los verdugos desistieran de herirle de frente.

En la época de Antonino ya los hombres de letras abandonaron la táctica de fingir que, considerando al Cristianismo como una secta de gente ruda y de plebeyos, ellos ni siquiera se tomaban la pena de examinar en qué consistia.

Hasta entonces, esceptuando Plinio, los hombres de letras no quisieron asistir ni á una asamblea cristiana, ni siquiera al proceso de un cristiano; se creian muy por encima de cuanto se refiriese á la por ellos despreciada creencia.

Pero el Cristianismo se dilataba, tenia ya el valor de un hecho cuya solemnidad é importancia no podia ocultarse á nadie. Los filósofos paganos creyeron deber ocuparse de él.

La lucha, pues, contra la religion, se declara en el terreno de la palabra, en la region de las ideas. Tenemos ya, pues, el Cristianismo saliendo de los calabozos y ocupando un lugar en las escuelas. Era esto un triunfo; era el reconocimiento de la impotencia de los verdugos para acabar con una doctrina como la que vino á traer á la tierra JESUCRISTO.

Ante la lucha con el verdugo los cristianos no tenian otra cosa que hacer que inclinar la cerviz. Cuando el combate se empeñó en el terreno de la palabra, la condicion de los creyentes cambió por completo. Cabalmente la palabra constituia su fuerza. Aquellos apóstoles, aquellos misioneros que emprendieron la conquista del mundo sin mas armas que la palabra, al ver que se les hacia un llamamiento al campo de la discusion, acudieron allí con la seguridad del triunfo.

Desde entonces ya los cristianos no son tan solo una religion; se presentan ante el mundo como una filosofia, como una escuela perfectamente organizada, como una institucion activa, resuelta al combate, que penetra con ardor en la contienda doctrinal para ganar inteligencias y destruir preocupaciones.

Empieza á aparecer entonces la generacion de los apologistas; la generacion de los que están dispuestos á manifestar ante el mundo qué es lo que significa la sangre cristiana que se viene derramando y con la que están resueltos á mezclar la suya.

Los apologistas toman la palabra en las dos lenguas que se dividen el mundo de los espíritus, y no se presentan con la timidez de una doctrina débil, sino con la fuerza propia de una institucion que entrevé su triunfo definitivo sobre las ruinas de los viejos sistemas.

No se limitan á la defensiva: representantes de los derechos de la conciencia, de la justicia, emprenden con altivez el ataque. En nombre de la dignidad de las doctrinas reclaman que se examinen y se discutan las suyas; en nombre de la luz piden que esta se haga para

juzgar á la Iglesia para que se la condene si lo merece ó pueda revindicar en nombre de la razon, en nombre de la humanidad el puesto que le corresponde.

—Hasta ahora no nos habeis dado mas que verdugos; hoy os decimos que si algo vale para vosotros la justicia en vuestra sociedad, antes que el verdugo que castiga debe haber el juez que sentencia. Que se falle nuestra causa. Nosotros no nos quejaremos si se nos condena; pero al pedir primero un tribunal que nos juzgue estamos en nuestro derecho.

Semejante reclamacion pudo ahogarse con la gritería de un populacho feroz antes de Antonino: en la época de este Emperador ya no fue posible. Á una institucion que no reclamaba gracia, sino justicia; que no pedia mas que el derecho legítimo de la defensa, en el tiempo de Antonino no hubo mas recurso que dejarla hablar.

La lucha, por lo tanto, se entabla en un terreno distinto. Es menester seguir allí á la naciente Iglesia para ver de qué modo se la ataca y con qué recursos se defiende. Son cuadros llenos de interés que no podemos prescindir de diseñarlos cuando menos.

VI.

Justino.—Cómo anda en busca de la verdad.

En la noble liza entablada en el campo de las ideas, merece figurar en primera línea san Justino.

La ciencia le considera como un filósofo, la Iglesia ve en él otro de sus mas eminentes doctores, la Religion venera en su persona al santo y al mártir.

Vió la primera luz á principios del siglo II en Flavia Neapolis, la antigua Siquem, la Naplusa moderna, colonia romana en donde florecia la ciencia helénica.

El origen de Justino es pagano.

El paganismo, que estaba muy vivo en el sentimiento popular, podemos decir que habia muerto para las inteligencias privilegiadas. Justino no pudo ser fiel á las tradiciones idolátricas de su familia.

Dedicóse con todo ahinco á buscar la verdad; y cuando á la verdad se la busca de buena fe, sin rodeos, sin miedo, sin temor de que nos imponga su ley, de que nos someta á su incontestable derecho, al fin se la encuentra.

Habia una secta filosófica que, para un alma como la de Justino, no podia menos de producir una fuerte fascinacion, era el estoicismo.

Justino conoció la moral del mas ilustre de los estóicos, Epicteto, reducida á estas dos palabras: *Contente, abstente*.

Conoció las máximas del célebre filósofo que decia:

«No depende de tí el ser rico, pero sí el ser feliz. Las riquezas, á mas de no ser siempre un bien, duran poco; lo que dura siempre es la dicha que procede del saber.

«¿Aprecias por ventura mas una víbora, porque la ves en una caja de oro? ¿No te inspira siempre el mismo horror por su índole maléfica y venenosa? Pues bien: haz lo mismo con el malvado aunque le veas rodeado de esplendor y de riqueza.

«El sol no aguarda á que le rueguen para dar su luz y sus resplandores, haz el bien sin esperar que te lo pidan.

«Si tienes sed, llena la boca de agua, y despues échala sin tragarla. Habrás mortificado tu naturaleza, y no habrás llamado en torno tuyo espectadores que digan: Hé aquí el grande hombre.

«Si te desprecian, no te impresiones; si te injurian, guarda tu tranquilidad; si te maltratan, figúrate que sufres por haber abrazado una estatua.

«El hombre que llega á ser filósofo no debe vivir como antes; es menester que se someta

á ser la burla de los que pasan, á verse menospreciado hasta de los esclavos; que se resigne á ser el último en todas partes, en las magistraturas, en los honores, ante los jueces.

«Si te dicen: fulano ha dicho mal de tí, en vez de entretenerte en justificarte, responde: Ignoraba los demás vicios míos, ya que no ha hablado sino de este.

«Da según tus haberes á los viajeros y á los pobres. Naufragó un pirata. Un hombre le recogió, le dió un vestido, le condujo á su casa.—Mira, le dijeron, que á quien has recogido es un malvado.—No es á este hombre, contestó, á quien yo sirvo; es al ser humano á quien sirvo en este hombre.

«En vez de desahogar tu bilis con los demás, procura serles útil en todo... Cede á todos, condesciende con todos, súfrellos á todos.»

Para Justino semejante moral no pudo menos que ejercer un prestigio irresistible.

Se declaró estóico, pero sin pasión, sin espíritu de escuela; sólo por amor á la moral.

No tardó en penetrar en el fondo del sistema, y en persuadirse que tras de aquel simulacro de moral no se ocultaba sino el vacío.

Justino empezó á preguntarse: ¿Cuál es el apoyo de una doctrina tan sublime? ¿De dónde viene esta moral? ¿Quién la sanciona? Á semejante pregunta Justino no podía encontrar sino la respuesta de Séneca: «El supremo bien es vivir según la naturaleza (1).»

Pero ¿qué es lo que yo he de seguir de la naturaleza, hubo de seguir preguntándose Justino, la pendiente del placer ó la del sacrificio? Si en las cuestiones morales yo soy el defensor y el acusador, ¿quién será el juez? Si soy yo, sólo yo quien ha de señalar fronteras á mis instintos, ¿por ventura no soy también yo quien estas fronteras puede ensancharlas y hasta derribarlas si me acomoda?

«Al desear iniciarme en una doctrina filosófica; me puse bajo la dirección de un estóico. Permanecí en su compañía el tiempo necesario; pero bien pronto me apercibí de que no adelantaría nada en el conocimiento de Dios; porque ni él sabía nada ni creía necesaria esta ciencia (2).»

El panteísmo materialista de Zenón que, inspirado en las ideas de Heráclito, hace de Dios el alma del mundo, degenerando más tarde en fatalismo, no pudo satisfacer á Justino.

Buscó otra doctrina en la que, de menos aparato y más fondo, de menos moral vaga y más filosofía concreta, más lógica y menos palabrería, y entonces acudió á la escuela peripatética.

En la escuela peripatética encontró la idea divina más clara, más definida.

Según los peripatéticos, todo lo limitado necesita una causa motriz, á no ser que admitamos una serie infinita de causas, lo que nos conduciría al absurdo y haría la ciencia imposible. Resulta, pues, de aquí la necesidad de una causa primera, ilimitada, absoluta, la cual, inmutable en sí misma, mueve lo que es móvil, limitado, relativo. Esta causa primera es al propio tiempo el bien absoluto, lo absolutamente deseable y que, ya obtenido, no pueda dejar lugar al deseo. Este absoluto es Dios, el pensamiento puro pensándose á sí mismo.

Una escuela que profesaba estos principios abría ante el espíritu de Justino vastos horizontes.

Acudió á un peripatético para que le introdujese en los misterios de la ciencia. Pero su desilusión fue completa al ver que el maestro de la escuela aristotélica, en vez de un hombre severo, formal, en vez de un hombre que viviera en las regiones del espiritualismo, era un hombre que cuidaba más de hacer dinero que de hacer filósofos, que dejaba para que se escribiesen ó se recitasen en la cátedra las elevadas abstracciones de la ciencia, mientras que en la práctica era la negación más radical de sus teorías.

Justino resuelve retroceder hasta la escuela pitagórica.

Esta venía á ser una institución filosófica, casi un simulacro de orden religiosa, á la que

(1) *Consummatum bonum si secundum naturam vivat. Sen., Epist. XLI.*

(2) *Diálogo con Trifón, II.*

no se llegaba sino despues de un noviciado poco menos que interminable. Es verdad que á Justino le atraia la severidad moral, las apariencias de piedad religiosa que se encontraban en aquella escuela; pero le disgustó desde luego una ciencia que tuviese que limitarse solo á un reducidísimo número de iniciados.

«Animado yo siempre del deseo de aprender, que es lo que constituye la propiedad y la esencia de la filosofía, fuí á verme con un pitagórico, hombre de mucha reputacion y muy pagado de su ciencia, para expresarle mi propósito de asociarme á él para oír sus lecciones. Lo primero que me preguntó fue: ¿Sois aficionado á la música, á la astronomía, á la geometría? Porque no esperéis profundizar los secretos que tienen por objeto la dicha de la vida si no teneis ciertos conocimientos en estas diversas ciencias; pues solo ellas pueden desatar el espíritu de las cadenas de los sentidos preparándolo á la intuicion de lo bello y de lo bueno en su esencia. Me hizo luego un pomposo elogio de esta preparacion, insistiendo en su necesidad absoluta. Le confesé mi ignorancia en esta materia, y sin pasar adelante me despidió (1).»

Quedaba aun el platonismo.

Justino, ávido de verdad, pasa á estudiar las doctrinas de Platon por si encuentra en ellas algo que llene su inteligencia. Ve en el platonismo una escuela filosófica que parte del principio de que donde hay variacion, mutabilidad, no puede haber ciencia, que fundándose en la verdad debe ser invariable, inmutable, universal, absoluta. Platon halla en la inteligencia del hombre algo que no es la obra del hombre en particular, ya se le considere como individuo, ya como pueblo, ya como perteneciente á una nacion ó época determinada, sino que tiene un carácter universal, necesario, inmutable, que puede servir de base á nuestras afirmaciones. De aquí la admirable teoría de las ideas. Entre estas ideas primordiales, razon primera de los conocimientos, tipo de las cosas, la mas elevada es la idea del bien eternamente presente á una inteligencia infinita, que es Dios. Dios formó todos los seres conforme al modelo de las ideas; cuanto existe solo existe por su participacion con el Sér infinito. Adquirir la verdadera ciencia de las ideas, realizar la idea del bien en la conducta, y aspirar por este medio á la semejanza con Dios, tal es el papel del hombre. La filosofía tiene por objeto facilitar esta tarea, librándole de la esclavitud de los sentidos, para asegurarle la libertad intelectual y moral.

Justino explica en estos términos su conversion á la escuela platónica:

«En virtud de la situacion en que me encontraba, á consecuencia de mi mala suerte, resolví conferenciar con los platónicos, escuela que gozaba de alta estimacion entre los espíritus mejor cultivados. Pude dar felizmente con uno de los de mayor fama. Me puse en contacto con él, y despues de continuar entrevistas, me persuadí de que iba yo progresando notablemente en los conocimientos filosóficos. La teoría de las cosas inteligibles me llenaba de felicidad; á favor de las ideas de Platon parecíame que mi espíritu alcanzaba un estensísimo vuelo. Me hice la ilusion de que muy pronto iba á ser todo un sábio, y me figuré llegar cuanto antes á la contemplacion de Dios, verdadero ideal de la filosofía *platónica*.»

Tenemos ya á Justino platónico de corazon, abrazando las ideas de la escuela hasta con entusiasmo, persuadido de que allí estaba la cumbre de la ciencia.

Sin embargo, Justino, con su genio altamente observador, se detuvo á examinar un fenómeno que le preocupaba.

En su tiempo el Cristianismo era un hecho que no podia ocultarse á cualquiera que no permaneciese extraño al movimiento de su época. Sin meterse á estudiar su doctrina, le llamó la atencion el valor, la serenidad, la constancia de los mártires.

No se ocultaban á Justino las preocupaciones que existian contra los cristianos; pero no era de los que emiten un juicio sin antes examinar las razones en que se funda. Hé aquí como

(1) *Diálogo con Trifon*, II.

expresa él la impresion que le produjo el espectáculo de los mártires y la manera como apreció el hecho.

«Habia oido hablar de los crímenes que se imputaban á los cristianos; pero al verles arrojados impávidos todos los peligros y la muerte misma, no supe persuadirme de que unos hombres semejantes vivieran en el desórden y en el amor al placer. ¿Cómo suponer, en efecto, que un hombre entregado á la intemperancia de sus deseos, esclavo de la carne y de las delicias del mundo busque la muerte que le priva de todo esto? En vez de ir en pos de una condenacion cierta, ¿no seria mas natural que se sustrajese á la vigilancia de los magistrados, para disfrutar por el mayor tiempo posible de los goces de la vida (1)?»

Faltaba un episodio providencial que le invitara á una resolucion suprema.

Amante de la soledad, un dia en que la duda agitaba su alma, fué á buscar en la contemplacion de la naturaleza el reposo de que tanto habia menester. Sentíase atraído por la vista de un mar tempestuoso que reflejaba el estado de su espíritu. Vino á turbar su silencio la aparicion inesperada en aquel sitio tan ignorado, de un hombre de avanzada edad. Justino le expresó su estrañeza al encontrarse allí con un sér humano.

—«Me tienen con cuidado, le dijo el desconocido, unos amigos míos que se hallan de viaje, y me he encaminado aquí por si una feliz casualidad hiciera que pudiese descubrirlos desde algun punto del horizonte. Y vos ¿qué haceis en sitio tan apartado (2)?»

—«Yo, contesta Justino, me complazco en esta clase de paseos, porque así, libre de toda distraccion, puedo conversar conmigo mismo, pues la soledad es muy ventajosa para el estudio de la filosofia.

—«Entiendo. Vos sois de aquellos que se pagan de las palabras sin ocuparse de las obras ni de la verdad; que desprecian la práctica para ir en pos de las teorías, repuso el buen hombre.»

En este ataque harto personal, no podia por cierto acusarse al interlocutor de Justino de falta de franqueza. Justino se sintió forzado á hacer un panegirico de las ciencias filosóficas, únicas que elevan la condicion humana.

—«¿Quereis decir, exclamó el anciano, que la filosofia hace al hombre feliz?»

—«Así es, contestó con plena seguridad Justino; fuera de la filosofia la felicidad no existe.

—«Podrias decirme entonces ¿qué es filosofia y qué clase de felicidad produce?»

—«La filosofia es la ciencia del sér y el conocimiento de la verdad, y la felicidad constituye la recompensa de esta ciencia y de este conocimiento.

—«Y Dios ¿qué creéis que es?»

—«Dios es el Sér Inmutable y el Principio de todas las cosas.»

El interlocutor de Justino entró en consideraciones acerca el alcance de las facultades intelectuales del hombre, con las que, si bien este puede llegar hasta la existencia del Sér Supremo, en manera alguna es capaz de obtener su completa contemplacion. Despues de demostrarle que el problema religioso queda insoluble para la filosofia, le espuso los absurdos que ofrecia la solucion del problema cosmológico, partiendo de la eternidad de la materia, como los que presentaba á su vez el problema psicológico dando como premio del bien ó castigo del mal la transmigracion del alma; esto es, un tránsito á otra vida en que el sér no tiene conciencia de su pasado.

Justino comprendia toda la exactitud de las observaciones de su interlocutor.

—«Pero, exclamó, si estos grandes talentos que son los oráculos de la filosofia no enseñan la verdad ¿dónde deberemos ir á buscarla?»

La ocasion no podia ser mas favorable. La situacion del espíritu de Justino era la de un navegante por el mar de la ciencia que desespera de encontrar un puerto. El anciano abrió á Justino horizontes que hasta entonces el filósofo apenas habia sabido entrever.

(1) • *Apolog.*, II, 12.

(2) *Diálogo con Trifon.*

—«En época muy remota, dijo, vivieron hombres mas antiguos que estos que pasan por filósofos; hombres dichosos, justos, amados de Dios. Inspirados por el Espíritu Santo predijeron los acontecimientos que hoy se realizan: se les llamó profetas. Solo ellos vieron la verdad y la anunciaron á los hombres. Ajenos á toda idea de vanagloria, no enseñaron mas que aquello que el Espíritu Santo les hizo ver y entender. Nosotros poseemos sus escritos. Todo el que despues de haberlos leído les presta la adhesion de la fe, tiene allí un gran recurso para llegar al conocimiento del principio y fin de las cosas, que es lo que un filósofo debe indagar antes que todo. Aquellos hombres en sus razonamientos no proceden por via de argumentacion; testigos de la verdad están por encima de toda demostracion científica; la garantía de su fe está en el cumplimiento de sus vaticinios. Para sancionar su palabra tienen en su favor los milagros... anuncian ante el mundo á Dios Padre, Criador de todas las cosas y á su Hijo JESUCRISTO, enviado por el Padre. En cuanto á vosotros, para entrar en la region de la luz es menester que acudáis ante todo á la plegaria, porque nadie es capaz de entender estas verdades, si esta inteligencia no se la proporcionan Dios y su CRISTO.

«Cuando el anciano hubo dicho estas cosas, prosigue Justino (1), se separó de mí recomendándome que las meditara sériamente. Ya no le ví mas.

«Desde entonces, continua, mi corazon ardió en deseos de conocer las profecías y á los hombres que son amigos de CRISTO. En mis meditaciones sobre la conversacion que acababa de tener, me persuadí de que solo una filosofia semejante podia ser útil y segura.»

VII.

Justino entra en el Cristianismo.

Despues de los párrafos que acabamos de copiar, en los que san Justino describe su propia historia, continua diciendo:

«Quisiera que todos siguiesen la senda que yo he seguido... porque la doctrina del Salvador tiene una majestad la mas propia para impresionar á cuantos se hayan desviado del recto camino. Todo el que la medita encuentra en ella un descanso lleno de dulzuras.»

No por esto Justino creyó conveniente despojarse de su traje de filósofo. Muy al contrario, al propagar la verdad cristiana se presentaba con sus vestiduras de tal (2). Para los griegos y los romanos el manto de filósofo constituia una credencial de ciencia que no dejaba de imponer á muchas gentes.

Por otra parte, Justino, despues de ser cristiano, se gloriaba de continuar siendo filósofo; segun él se expresaba, todo se reducía á haberse desengañado de ideas harto hipotéticas para abrazar la ciencia con garantías de verdad.

Un hombre de las cualidades de Justino hubo de sentirse desde luego con vocacion á trabajar en favor de la propaganda evangélica. El Egipto, el Asia Menor, la Italia pudieron admirar su saber, al que daba mayor brillantez la elocuencia de su palabra. Permaneció en Alejandria, en Cumas, en Éfeso, para fijar mas tarde su residencia en Roma, donde habian de ser tan útiles sus trabajos de apologista, fundando allí la primera cátedra de teología de que hace mencion la historia.

Á su paso de Éfeso á Roma, se detuvo en Atenas (3), para explicar en una cátedra de filosofia los motivos de su cambio de religion, pronunciando allí un discurso en que se encuentran estas palabras (4):

(1) *Diálogo con Trifon*, VIII.

(2) *Justinus sub habitu philosophi verbum Dei predicans*. Euseb., *Hist. Eccles.*, l. IV, 10.

(3) Kestiner, *Die agape*, Jena, 1819, pág. 333, 337.

(4) Varios son los autores que, aun cuando convengan en la autenticidad del *Discurso á los griegos*, niegan no obstante, que Justino lo pronunciara de viva voz ante los griegos, los cuales dificilmente hubieran tolerado un lenguaje tan francamente cristiano.

«No creais, oh griegos, que sea sin motivo el haber renunciado á vuestras creencias y á vuestras prácticas religiosas.» Presenta luego la tradicion mitológica, el culto de los dioses como contrario á la moral, como subversivo ante la ley. «Deberíais leer ante Júpiter la ley sancionada contra aquellos que maltratan á sus padres, el castigo reservado al adulterio; deberíais enseñar á Minerva y á Diana cuales deben ser las ocupaciones de una mujer, como deberíais enseñar á Baco, cuales son los deberes de un hombre... ¿Y qué ha de resultar de todo esto? ¿Qué derecho teneis á quejaros de un hijo, si introduce el desórden en el hogar, si atenta contra vosotros? Al fin no hace mas que imitar á Júpiter. ¿Podeis castigar en el hombre lo que adorais en el dios? No teneis razon de censurar las infidelidades de vuestra esposa los que honrais á Venus en su templo...

«Venid, pues, oh griegos, á participar de una sabiduría con la que ninguna otra admite comparacion. Amaestrados por la palabra divina aprendereis á conocer á un rey á quien no se corrompe, á unos héroes que no se distinguen por asesinatos cometidos en presencia de los pueblos. El Verbo divino, que es nuestro jefe, lo que exige de nosotros no es ni la robustez del cuerpo, ni la belleza de las formas, ni un nacimiento que inspire orgullo; sino un alma pura, fortalecida en la santidad, acciones virtuosas en las cuales pueda reconocerse quien es el rey al cual servimos. Por medio del Verbo divino una virtud oculta se posesiona de nuestras almas. ¡Oh trompeta celestial que anuncias la paz al alma turbada por la guerra! ¡Instrumento divino que destierras el miedo y el sufrimiento! ¡Enseñanza saludable que apagas el fuego de las pasiones! Esta virtud no engendra poetas, no prepara filósofos, no produce retóricos elocuentes, hace mas; de mortales como somos nos hace inmortales, nos asocia á Dios quitándonos nuestro apego á la tierra. Acercaos, pues, oh griegos; dejas instruir. Sed vosotros lo que yo soy, porque tambien yo fui lo que sois vosotros. Lo que triunfó de mí fue la virtud celestial de la doctrina y el poder del Verbo. Á modo de un encantador que atrae fuera de su madriguera á la serpiente á la que quiere ahuyentar, el Verbo arranca del fondo del alma los instintos sensuales, la codicia de donde nacen todos los males que debemos temer, las disensiones, la envidia, los celos, la cólera y todo lo que á estos vicios se parece. Una vez arrancada la codicia del seno del alma, esta recobra la paz y la serenidad. Libre de los vicios que la asediaban, se remonta á su Criador, porque es menester que todas las cosas vuelvan al lugar de su origen, al punto de su partida.»

En su *Exhortacion á los griegos*, les dice:

—«Al principiar esta exhortacion, oh griegos, pido á Dios me conceda la gracia á mí de deciros lo que os convenia y á vosotros de escoger lo que os sea útil, prescindiendo de toda preocupacion á favor de los errores de vuestros antepasados, porque de esta manera no vayais á creer que les faltais al respeto eligiendo lo que os es ventajoso á vosotros, aun cuando esté en oposicion con sus erróneas creencias. Á menudo sucede que un exámen detenido de las cosas las hace aparecer con una claridad muy distinta, encontrándonos con la verdad como término de una indagacion mas exacta. Hé aquí por que me propongo hablaros de la religion verdadera, pues no creo que haya asunto mas digno de estudio para todo el que no quiera vivir dominado por el miedo y esponerse al juicio que seguirá á esta vida, como nos lo enseñan nuestros maestros segun Dios, llámense legisladores ó profetas, y como lo enseñan hasta aquellos mismos que se han granjeado entre vosotros el título de sábios; es decir, vuestros poetas, vuestros filósofos, que pretenden estar en posesion de la ciencia verdadera y divina. Creo hacer un bien estudiando cuales son en materia de religion nuestros maestros y los vuestros, en qué época han vivido y qué clase de confianza merecen; así aquellos que bajo la fe de sus antepasados han recibido una religion falsa la abandonarán al estar mejor instruidos.

«...Vosotros tratais de buscar la verdad religiosa en vuestros filósofos. Pero ¿qué medio teneis para reconocerla en medio de esa baraunda de opiniones contradictorias? Deberíais exigir á vuestros maestros que se pusiesen de acuerdo entre sí, antes de abrigar la pretension

de instruiros á vosotros. Hé aquí á Thales que coloca el primer principio de las cosas en el agua, Anaximandro en una sustancia indefinida, Anaximeno en el aire, Heráclito ó Hippas de Metaponte en el fuego, Anaxágoras en las partes similares, Arquelaos en el éter sin límites. Una sola escuela ha bastado para producir esta multitud de sistemas contrarios, ¿qué será, pues, si añadimos las otras? Mientras que Pitágoras ve en los números el principio de todas las cosas, Epicuro lo busca en los átomos, Empédocles en los cuatro elementos, el fuego, el aire, al agua y la tierra. Igual divergencia respecto al alma: sustancia ígnea segun los unos, etérea segun los otros; inteligencia para estos; soplo para aquellos; aquí virtud derivante de los astros, allí número dotado de fuerza motriz, agua genital ¿qué sé yo? Y es en medio de una tal confusion de ideas donde os lisonjeais de poder encontrar la verdadera doctrina!... Os refugiais en Aristóteles y en Platon como en un baluarte inexpugnable. Sin embargo, esta nueva posicion no tiene mayores garantías que las precedentes... Mientras que Platon admite tres principios, Dios, la materia y la forma ó las ideas; Aristóteles no reconoce sino dos, Dios y la materia. El primero ve en el alma la parte racional, la parte irascible y la apetitiva ó concupiscible; el segundo la reduce á la parte racional. Este le niega la inmortalidad que le concede aquel. Fuera ya una gran cosa, si estando tan divididos los unos con los otros, estuviesen al menos de acuerdo con su propio sistema; pero no es así. Platon, despues de haber admitido tres principios, inventa mas tarde otro, que es el alma del mundo. Unas veces afirma que la materia es increada, otras que es creada; aquí que las ideas subsisten por sí mismas, allí que son puras nociones de la inteligencia; en un punto que todo lo que nace está sujeto á la corrupcion, en otro que entre las cosas que nacen las hay corruptibles. Tales son las contradicciones en que caen los corifeos de la filosofia, por haber creído que el espíritu humano es capaz por sí solo de llegar á un conocimiento exacto de las cosas divinas. Luego no merecen mas fe que los poetas, y léjos de corregir los defectos de la mitología popular no hacen mas que añadir á ella sus propios errores.

«...Vuestros maestros, por consiguiente, no pueden enseñaros la verdad religiosa, porque sus disidencias demuestran que tampoco ellos la conocen. Resulta de aquí la necesidad de acudir á nuestros antepasados, que se remontan á una época mas antigua que los vuestros, que no han enseñado por su propia autoridad, y que léjos de combatirse mutuamente no han hecho mas que transmitirnos la ciencia que ellos recibieron de Dios, sin tenacidad ni espíritu de partido. Porque un conocimiento tan elevado de las cosas divinas no es un don de la naturaleza ni un producto del entendimiento humano, sino una gracia celestial comunicada á aquellos hombres afortunados. Para adquirirlo y transmitirlo no necesitaron de los artificios del lenguaje, ni de las armas de la dialéctica; no tuvieron que hacer mas que ofrecer su alma pura á la accion del Espíritu Santo, á fin de que él, viniendo del cielo, pudiera servirse de aquellos hombres justos, como de las cuerdas de una lira ó de una harpa, para hacernos oír las armonías de las cosas celestes. Hé aquí porque nos enseñaron con tanta uniformidad todas las verdades que necesitamos conocer: Dios, el origen del mundo, la creacion del hombre, la inmortalidad del alma, el juicio final. Estas doctrinas nos las han transmitido en épocas y lugares diferentes, pero conservando siempre el acuerdo mas perfecto y sin contradecirse jamás (1).»

VIII.

Justino reclama ante los poderes públicos contra la injusticia de las persecuciones.

No le bastaba al entusiasmo cristiano de Justino el invitar á los griegos á que abrazaran la fe verdadera. Pesaba la losa del despotismo pagano sobre los creyentes, y era menester sacudirla; la necesidad de respirar un aire libre se iba haciendo cada dia mas fuerte; las cade-

(1) *Exhort. á los griegos*, VIII.

nas que ahogaban la conciencia cristiana era menester romperlas: nadie mas á propósito que Justino para tentar este esfuerzo, para apresurar en favor de los cristianos la hora de la libertad. Su decision, sus vastos conocimientos, su fama de filósofo, su franqueza de lenguaje le hacian á Justino el mas apto para el caso.

Á pesar de las buenas disposiciones de Antonino, amenazaba estallar una nueva persecucion.

Caian sobre el imperio una série de calamidades públicas. El hambre que asolaba á varias provincias, grandes inundaciones del Tiber destruyendo las cosechas, fuertes terremotos sembrando de ruinas el Asia Menor y la isla de Rodas, espantosos incendios en Antioquía, en Cartago, en la misma Roma tenian sobrecitado el furor de las masas, dispuestas siempre á imputar á los cristianos todos los infortunios. Era menester un esfuerzo de parte de los poderes públicos para contener el desborde de las pasiones populares y evitar el que sonara la hora de una general matanza.

Entonces es cuando Justino cree del caso dirigirse á los representantes de la autoridad con su primera apología, que viene encabezada con la siguiente inscripcion:

*Al Emperador Tito Elio Antonino Pio
Augusto César,
A su hijo Verisimo (1), filósofo
A Lucio, filósofo,
Hijo de César, por el nacimiento, y de Antonino por la adopcion,
Príncipe amigo de las Letras.
Al sagrado Senado y al pueblo romano todo entero,
En nombre de aquellos que entre todos los hombres
Son injustamente odiados y perseguidos,
Yo, uno de ellos,
Justino, hijo de Prisco, nieto de Bacchio,
De Flavia Neapolis, en la Palestina siria
He escrito este discurso y esta súplica.*

Justino, un extranjero, se presenta ante la autoridad del César, ante la majestad del Senado, ante aquel altivo pueblo romano.

Jamás se oyó una protesta hecha en nombre de la justicia con mayor energia y de una manera mas contundente. Escuchémosle. Era por primera vez que se hablaba semejante lenguaje.

«Deber es de los hombres verdaderamente piadosos y filósofos no amar, no tener en estima otra cosa que la verdad, repudiando las opiniones antiguas, si son falsas, y tomando el partido de la verdad y de la justicia, aun cuando fuese á costa de la misma existencia. Por todas partes oimos que se os llama piadosos, filósofos, custodios de la justicia, amantes de la ciencia; pronto vamos á ver si mereceis semejantes títulos. Al hablar así no es que tratemos de usar la palabra de la lisonja; lo que venimos á hacer es á pedirnos que nos juzgueis conforme á razon, despues de un exámen minucioso y exacto, poniéndoos en guardia para no dejaros arrastrar por las preocupaciones ó el deseo de complacer á unas muchedumbres supersticiosas; ó que bajo la presion de ciegas pasiones y la influencia de rumores calumniosos que vienen sembrándose desde hace tiempo, al condenarnos á nosotros no os atraigais vuestra propia condenacion. Tenemos derecho á creer que no se nos puede hacer daño, si no se nos convence de crimen y de perversidad. Podreis matarnos, pero no nos perjudicareis.»

Largo era por cierto el capítulo de cargos que venia haciéndose contra los cristianos por la malevolencia de los idólatras; Justino contesta de una manera tan victoriosa como irrefragable á cada una de las acusaciones.

(1) Nombre de cariño que ya Adriano daba á Marco Aurelio.

El nombre solo de cristianos constituía ya de suyo un cargo. Justino dice de un modo contundente: «Un nombre no es una deshonra. Si entre nosotros los cristianos los hay culpables de algún delito, castigadlo, no como cristiano, sino como criminal, pero debeis dejar en paz á los inocentes.»

Justino proclamó que los cristianos no vienen en nombre de la fe á degradar la razon. Para él la razon es un destello de la luz divina. Justino filósofo, Justino helenista, Justino, que despues de su conversion al Cristianismo conservaba afecto á sus antiguos maestros, Justino, que se presentaba en público con su barba y su manto de filósofo, sale á vindicar al Cristianismo de la acusacion que se le dirige de querer aniquilar la razon. Se gloria de haber entrado en la religion cristiana, no con los ojos cerrados, sino despues de un maduro y detenido exámen; no por ser otro de los desesperados de la razon, sino porque sobre las esferas de la razon ve las alturas de la fe. La verdad, el saber, para él, doquiera que se hallen, salen siempre de un mismo manantial, tienen siempre un comun origen. Los cristianos no profanan nunca la augusta santidad de la razon, reflejo de la inteligencia divina, destello de la razon eterna, testimonio vivo de la divinidad en el espíritu del hombre. La filosofía, segun Justino, puede ser tambien una revelacion de la Divinidad; pero será siempre una revelacion parcial, incompleta, insuficiente para satisfacer los instintos religiosos, para llenar la necesidad que tiene el hombre de lo sobrenatural. El Cristianismo constituye en las alturas de la razon un precioso remate. «Hé aquí, añade, porque en los grandes hombres de la filosofia que vivieron conforme á la razon encontramos algo de cristianos, aun cuando se les escarneciese de ateos. Tales fueron entre los griegos, Sócrates, Heráclito y otros semejantes; y entre los bárbaros Ananías Azarias, Misael, Elías y muchos otros de los que seria supérfluo consignar los hechos y citar los nombres; mientras que aquellos que vivieron de una manera contraria á la razon, pueden calificarse de perversos, de enemigos del CRISTO (1).»

Donde Justino despliega toda su energía es al quejarse de que no se admita á los cristianos dentro del derecho comun. Su lenguaje podrá parecer en ciertas ocasiones hasta demasiado atrevido. Pero téngase en cuenta la situacion de los cristianos. Para ellos no habia ley, no habia derecho, no habia patria, no habia tribunales. Y sin embargo, Justino cree que el templo cristiano puede levantarse frente á frente del templo idólatra; ellos no presentan á los paganos una nueva doctrina para imponerla sino para discutirla, y hé aquí por que reclaman la libertad de la palabra cristiana, la libertad de la escuela cristiana; son ciudadanos como los demás, cumplen con los mismos deberes, Justino reclama que se les otorguen los mismos derechos.

«Es una gloriosa condicion, y la única condicion equitativa de las sociedades, el que los gobernados puedan justificar la inocencia de sus actos y de sus palabras, y que los gobernantes fallen á su vez, no apoyados en una fuerza tiránica, sino inspirados por la filosofía y por la piedad. Gobernados y gobernantes están entonces en la senda del bien, porque como ha dicho un antiguo (2): Ningun pueblo podrá ser feliz si no hay filosofía de parte de los que mandan y de parte de los que obedecen. Á nosotros nos incumbe dar cuenta á todos de nuestra vida y de nuestra doctrina, á fin de no ser responsables de las faltas que cometan en su ceguera aquellos que no nos conocen; pero á vosotros os toca escucharnos, como la razon lo manda, y juzgarnos, como lo prescribe la justicia. Si despues de examinar nuestra causa, no nos juzgais conforme á justicia, no tendreis excusa delante de Dios.»

Con sorprendente libertad de lenguaje califica Justino de obra satánica la persecucion contra los cristianos. Dirigiéndose á la tiranía pagana dice:

«Estais bajo la presion de los demonios; hé aquí por que nos condenais sin juzgarnos... Los demonios gobiernan al mundo por la corrupcion y el miedo; cuanto se hace contra nosotros es su obra... En cambio, de vuestra parte, oh príncipes, ya que sois amigos de la piedad y de la filosofía, nosotros no esperamos nada que no esté dentro de la justicia.

(1) *Apolog.*, I, 46.

(2) *Platon, De Rep.*, V.

«Si por una insensatez prefiriéseis la costumbre á la verdad, haced cuanto podais contra nosotros. Y lo que un príncipe puede cuando esclaviza la verdad á la preocupacion, es pura y simplemente lo que puede un bandido en un desierto y nada mas. Por otra parte, tened por seguro que no triunfareis (1).»

Era el grito de la libertad de conciencia, que si no se dejaba oír de pronto entre los murmullos del fanatismo pagano de aquella época, su fuerza habia al fin de triunfar de aquella gritería.

No es que Justino hablase en nombre de la libertad de conciencia racionalista, y sostuviese que una idea, desde el momento en que se insinua en el espíritu tiene ya derecho á manifestarse, que una doctrina debe ser reconocida públicamente desde el momento en que hay quien la sigue. Una doctrina falsa no tiene derecho á manifestarse en la region de las ideas, como una mala accion no tiene derecho á realizarse en la region de los hechos. El mundo de las ideas es ilimitado como la verdad; pero fuera de la verdad no hay mas que el error, como no hay sino tinieblas fuera de la luz: donde hay una verdad allí hay un derecho; el error no es mas que una negacion; no puede, pues, alegar, como error, derechos de ninguna clase. Justino reclamaba la libertad de la conciencia cristiana; es decir, exigia que se aceptaran sus doctrinas dentro de la ley, *porque hablo la verdad* (2).

IX.

Responde Justino á los que acusan al Cristianismo de rebelion política.

¿Eran rebeldes los cristianos á la autoridad constituida? Justino coloca tambien la cuestion en este terreno.

«Os asusta nuestra ambicion; habeis oido decir que aguardamos un reino futuro, y ¿os figurais que se trata de un reino terrestre y no del reino de Dios? Os equivocais. ¿No veis, por ventura, como al interrogarnos, nos apresuramos á declarar que somos cristianos, aunque sabemos que la muerte ha de ser la consecuencia de semejante declaracion? Meditadlo, pues; si nosotros aguardáramos un reino terrenal ¿no nos abstendríamos de hacer una declaracion tras de la cual ha de seguir la muerte? ¿No trataríamos de velar nuestra fe á fin de ser testigos de este reino que esperamos? Al despreciar la muerte lo hacemos porque no contamos con esperanzas mundanas. No; nosotros no abrigamos propósitos de rebelion. No adoramos mas que á Dios: por lo demás, dichosos con obedeceros, os reconocemos como reyes y jefes de las naciones, os satisfacemos el tributo como nos lo manda nuestro Maestro, combatimos en vuestras filas, rogamos por vosotros, por vuestro poder, á fin de que junto con el poder os sea otorgada la sabiduría. No lo dudeis: somos los mejores auxiliares y los mas seguros cooperadores á la paz pública que podais encontrar, porque lo que enseñamos es que ni el malhechor, ni el avaro, ni el pérfido; es decir, todo el que no sea hombre de bien, no puede escapar á la mirada de Dios; que todos caminan al eterno castigo ó á la eterna salvacion, segun lo que sean sus obras. Si todos atendiesen á esta verdad, nadie concederia al vicio los cortos momentos de su vida, teniendo la conciencia de que el camino del vicio es el camino del fuego eterno; el hombre practicaria la temperancia, seria virtuoso, á fin de poder en el dia del juicio de Dios escapar al castigo y obtener la recompensa. Tened en cuenta que ni vuestras leyes ni vuestros castigos alcanzan á contener á todos los culpables. Sois hombres; como á hombres se os puede engañar y cometer el mal á favor de este engaño. Haced que vuestros súbditos comprendan que es imposible ocultar á Dios nuestros actos y ni siquiera

(1) *Apolog.*, I, 12.

(2) *Quia loquor veritatem. Apolog.*, I, 23.

nuestros pensamientos, y entonces el temor á la Justicia divina les contendrá dentro los límites del bien. Á decir verdad, pudiera creerse que temeis el dia en que todos vivirán honradamente, y este temor seria mas propio de verdugos que de sábios emperadores (1).»

X.

Responde Justino á las calumnias que se dirigen contra los cristianos por su liturgia.

Habíase dispuesto con mucho motivo que las ceremonias del culto cristiano no se revelarian á los que estaban fuera del gremio de la Iglesia, á fin de ampararlas de sus burlas. Encontróse en ello un pretexto para inventar contra los primitivos creyentes las calumnias de incesto, de infanticidio y otras á que dejamos hecha referencia.

Justino creyó que no debia dejar sin contestacion semejantes acusaciones; mas para ello el único recurso consistia en consignar los hechos. Hallábase establecida la disciplina del secreto; y sin embargo, para la justa defensa de la Religion, Justino creia indispensable levantar el velo que ocultaba las ceremonias cristianas á la vista de los profanos. Poniéndose, sin duda, de acuerdo antes con el Pontífice Pio I, y teniendo por otra parte la seguridad de que su apología no habia de ir á ser del dominio público, mayormente no existiendo los medios de publicidad con que hoy contamos, entra á hacer una esposicion de la liturgia cristiana.

Justino comienza por el rito del bautismo de los adultos: «Debo esponeros el medio por el cual somos consagrados á Dios y renovados en el CRISTO. Al que está convencido de la verdad de nuestras doctrinas, le exigimos la promesa de vivir conforme á ellas... Reciben la purificacion en el agua en nombre del Padre, soberano de todas las cosas, de JESUCRISTO, nuestro Salvador y del Espíritu Santo... Los Apóstoles nos enseñaron á practicarlo. Nacimos una primera vez sin que tuviéramos conciencia de ello, bajo la ley de la necesidad, por el acto de la generacion. Es menester que no continuáramos siendo hijos de la necesidad y de la ignorancia, sino que pasáramos á ser hijos de la eleccion y del conocimiento. Somos llamados á recibir en el agua el perdon de las faltas anteriores... El bautismo se llama tambien iluminacion, porque da luz á los iniciados... Despues de haber así bautizado al que da su asentimiento á nuestras doctrinas, le conducimos á la asamblea de los hermanos. Allí oramos en comun, ya para nosotros mismos, para que Dios nos ilumine con su gracia, ya para todos en general, á fin de que conociendo la verdad lleguemos á la salvacion eterna por el cumplimiento de los preceptos y las obras de una vida santa. Terminamos nuestras oraciones saludándonos con el beso de paz. Inmediatamente se le presenta al que preside la asamblea pan y un cáliz con vino mezclado de agua; lo toma en sus manos, da gloria al Padre de todas las cosas en nombre de su Hijo y del Espíritu Santo, celebra la Eucaristía ó hace la accion de gracias durante un tiempo bastante largo, en reconocimiento á Dios que nos ha concedido tales dones... El pueblo que está presente, responde á una voz: *Amen*. Despues de la aclamacion del pueblo que sigue á la celebracion de la Eucaristía, aquellos á quienes llamamos diáconos distribuyen á los asistentes y van á llevar á los ausentes el pan y el vino mezclado con agua que han sido consagrados. Este alimento tiene entre nosotros el nombre de Eucaristía. Para participar de ella es indispensable creer en la verdad de nuestras doctrinas, haber recibido en el bautismo un segundo nacimiento junto con el perdon de las culpas, y además atenerse á los preceptos de CRISTO. Porque nosotros no recibimos estos dones como un pan y una bebida ordinaria; sino que de la misma manera que por la palabra de Dios, JESUCRISTO, nuestro Salvador, se hizo carne, tomó un cuerpo y una sangre para nuestra salvacion, así este alimento consagrado por la palabra de CRISTO es su carne y su sangre. Tal es la enseñanza

(1) *Apolog.*, I, 22.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 82 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.